

En el teatro de la Comedia se empezó ayer á servir el arte por raciones, según la graciosísima frase de Ricardo Zamacois. Viendo que el público no quería asistir á las funciones enteras, se las dan ahora *partidas por gala* en cuatro, á ver si de ese modo las traga mejor.

De suerte que contamos con un nuevo teatro por piezas, como dice la gente. Y á propósito: ¿no les parece á ustedes que, expandiéndose el arte al menudeo, sería mejor llamar á éstos teatros por varas? Porque vender y comprar por piezas siempre lo he considerado comercio al pormenor.

En realidad no han variado, con el cambio de postura, los precios de las localidades: antes costaba tres pesetas una butaca y se veían cuatro actos, y ahora, por la misma cosa, se pagan doce reales. Verdad es que el público corta por donde quiere y puede tomar los palcos como los coches de punto: por horas.

Sin duda por eso estuvo anoche muy concurrida la función inaugural.

Pero no nos fiemos; es decir, ella, la empresa, formada por una sociedad de actores, es la que no debe fiarse. La gente de Madrid, novelera como ella sola, no ha faltado jamás á ninguna inauguración, lo que no impide que, desde el día siguiente, vuelva la espalda á un espectáculo.

No me digan ustedes que la compañía del teatro de la Comedia es muy completita y que representa muy bien las obras, que eso demasiado lo sé yo; ni se funden en tan exactas afirmaciones para creer que el público la seguirá favoreciendo, porque tan buena como es hoy era hace quince días, y tuvo que cerrar el teatro por *indisposición* de los espectadores.

Cierto que puede suceder que los aficionados consideren al cuadro artístico que dirige Julián Romea como á las bebidas espirituosas, que sólo producen buen efecto tomadas en pequeña cantidad.

Yo no podré decir si anoche se renovaba el público á cada función, porque tengo la desgracia de no fijarme en esos pormenores; pero sí puedo asegurar—yo lo *vide*, como dice el chulo del sainete—que el teatro estuvo lleno toda la noche, y que los espectadores le abandonaron, después de reirse á mandíbula batiente, con caras de complacidos, donde se leía el deseo de volver á ocupar sus localidades muchas noches seguidas.

¡Y como ellos lo desean!...

De todas maneras, siempre resulta que, tal como se daban antes las funciones, la Empresa perdía un dineral, y que con el nuevo sistema—nuevo en el teatro de la calle del Príncipe—presenta el negocio muy buen aspecto. Algo es algo, porque, aunque las esperanzas no alimentan, ya dice la Biblia que no sólo de pan vive el hombre.

Una baja en los teatros de primera categoría, y... nada más.

Ahora esperemos—porque es lo único que nos falta—que el Teatro Español siga la corriente, y que se representen en él todas las noches cuatro dramitas en un acto.

Dado este paso, ya parecerán también músicos que escriban, con destino al Real, óperas homeopáticas.

Al fin, no cabe duda, se pondrán los espectáculos públicos al alcance de todas las fortunas, como dicen los charlatanes callejeros.

¡A perro chico la escena!

Los periódicos diarios no han escaseado los elogios al dar cuenta del estreno de la Comedia en un acto que, con el título de *Golondrina*, se representó la semana última en el teatro de Lara. Pues bien, á mi juicio, todos los merece, y con ella ha demostrado una vez más Miguel Ramos Carrión que es uno de los primeros autores cómicos contemporáneos.

Ya sé que dicen por ahí algunos críticos de menos cuantía que la comedia no vale cosa, y que si la hubiera escrito autor de menos notoriedad no habría sido tan aplaudida. No les hagan ustedes caso: la obra hubiera alcanzado el mismo éxito firmada por Perico el de los Palotes, que, á juzgar por su apellido, no debía saber firmar.

¡El asunto es viejo! ¡El asunto es viejo! gritan los declamadores, como si con ese descubrimiento hubieran puesto una pica en Flandes.

¿Y qué? contesto yo; ¿no tiene ningún mérito presentar con novedad un asunto antiguo? Pues eso es lo que ha hecho Ramos

Carrión. Además, el diálogo y los chistes, ¿son antiguos también? Pues el que los conozca, que levante el dedo.

Por supuesto que, como de costumbre, el público no hace caso de estas censuras que le comunican en voz baja y al oído, y aplaude todas las noches *Golondrina* como si se representara por primera vez.

¡Y hay obra en los carteles para rato!

Ahora una advertencia para hacer patente mi imparcialidad al juzgar esta comedia. Su autor y yo nos tratamos hace mucho tiempo, y no hemos llegado ni es probable que lleguemos nunca á ser amigos.

¡Comprenderán ustedes que con tal clase de relaciones no hay *lombo* posible!

Más benevolencia debe esperar de cualquier escritor el desconocido que puede llegar un día á ser amigo suyo, que el compañero que, á pesar del trato frecuente, no ha conseguido ni le ha otorgado su amistad.

Y ¡basta de matemáticas!

Otro estreno ha habido también en el teatro de Lara. Un sainete de Ricardo Vega, titulado *Pepa la frescachona, ó el colegial desmenuado*.

Se puede decir de él lo que aquel capitán retirado de los garbanzos que comía:—Son pequeñitos, muy pequeñitos, eso sí; pero ¡qué duros! no los parte un rayo.

El título copiado es largo, muy largo; pero, en cambio, ya ven ustedes que no puede ser más feo.

Pero, según nuestros vecinos, el nombre no hace á la cosa—mejor es decirlo en galicismo, que en francés; pero conste que sé de ambas maneras, y ustedes perdonen la falta de modestia;—vamos, pues, á hablar del sainete.

También ha dicho la prensa que es una maravilla, y con este motivo se ha vuelto á llamar á su autor el heredero legítimo de D. Ramón de la Cruz. Bueno, lo de la herencia no me importa nada; ¡yo no se la he de disputar! pero en cuanto á las maravillas del sainete, ya es otra cosa: no paso por ellas, porque, francamente, no las he visto.

El sainete, ó no es nada, ó ha de ser un cuadro de costumbres tomado de la realidad: no se le exige que tenga, intriga ni siquiera argumento, pues cumple su misión con tal de que en él se presenten tipos de carne y hueso... Me parece que me he metido á dogmatizar. No, pues no sigo por este camino, por el que no me llama Dios. Con lo expuesto basta, y adelante.

¿Dónde ha sucedido jamás lo que Ricardo Vega pinta en el sainete de que hablo? Cuidado que hay brigadieres en España, y entre tantos seguramente los habrá de todos los caracteres y de todas las condiciones; pues bien, no conozco á nadie que haya visto jamás uno como el que presenta el heredero legítimo de don Ramón de la Cruz. ¿Y aquel colegial, desmenuado en los carteles, y en la escena más encogido que enfermo de reumatismo articular?

Las señoritas de Verdecilla las conocemos todos, y todos las hemos tratado en las reuniones cursis: de ellas no tengo nada que decir, como no sea en su alabanza; pero son los únicos tipos reales del sainete.

¿Y basta esto para que se hable de maravillas y de herencias, sobre todo cuando se dispone del peculio ajeno?

Estoy temiendo que me pregunte usted, lector, por los chistes de la obra, y es claro, ya me iba usted á preguntar.

Mande usted á las niñas que se retiren... ¿Por qué?... Porque si repitiera algunos delante de ellas, sería usted capaz de tirarme por el balcón.

¡Ah! ¿Dice usted que entonces no quiere conocerlos?... Mejor; porque no estaba yo seguro de no ruborizarme al repetirlos.

¡Ahora á cualquier porquería llaman chiste!

Conque quedamos en que el sainete, según la prensa, es muy bonito; pero para hombres solos, como los gabinetes reservados en las exposiciones de figuras de cera.

Un cuento del francés, arreglado á la escena española.

Se presenta un caballero en casa de la baronesa X***.

La doncella.—¿A quién tengo el honor de anunciar?

El caballero.—No, no te digo mi nombre: quisiera sorprender á tu señora.

La doncella.—Precisamente es lo que ella más teme: que la sorprendan.

El.—Pues díla que está aquí el caballero cuyos galanteos recibió este año en San Sebastián sin ofenderse.

Ella.—Bien, bien; pero ¡no creo que basten esas señas!

S. DE TRASMERA.

GRATIAS AGAMUS.

La calma *brota* en todos los pechos, según diría algún novelista efflorescente.

La triste nueva de la condena de Galeote parece que viene á cerrar un período de dudas ó inquietudes, tan pródigo en impresiones fuertes como huérfano de satisfacciones y bienaventuranzas.

«Esta vida no es para llegar á viejos, me decía no hace muchas noches un contemporáneo de la segunda guerra púnica.

Y es lo cierto que en aquellos días de tribulación y de espanto, el ciudadano pacífico no tenía adonde volver los ojos, ó el ojo, según el número de ellos que utilizase á diario.

Porque ya sabrán Vds. que hay tuertos; y hago esta aclaración porque la experiencia me dice que á ciertas personas es preciso ponerles las cosas muy en claro.

La lectura de los papeles públicos produce vértigos aun á los sujetos de mayor edad y empuje respectivamente.

Los nombres de Villacampa, Galeote, González y de algunos otros por el estilo, inundaban las columnas de los diarios más ó menos ilustrados.

Algunos lectores de poco tonelaje cerebral llegaban á formarse una verdadera madeja de ideas é impresiones cogidas aquí y allá, en la que los crímenes y las desgracias, viniendo á interponerse entre sus enmarañados hilos, hacían de la cabeza del interesado algo así parecido á cacharro electoral en días de sufragio restringido.

Uno de estos caballeros, que lee mucho, porque le gusta estar al tacto ó al tanto de las cosas de actualidad, asegura «que si Villacampa mató al Obispo de Madrid fué todo ello ocasionado por disgustos que entre los dos surgieron cuando Sagasta era párroco de Morata de Tajuña».

Algunos dan por seguro que Galeote es sargento segundo, y hay tan sólo diferencias respecto á si es de Garellano, ó de Albuera, ó de Colindres, pongo por caso.

Todo sin contar, por supuesto, con el imprescindible *suelto* con que todos los diarios de la Corte cierran su última columna.

Allí, y debajo de unas letras muy gordas en las que se lee *El crimen de ayer*, nos encontramos con un relato en estos ó parecidos términos:

«Una joven y criada de servicio mantenía, desde hace algunas horas, relaciones amorosas con un sujeto colonial, vamos al decir, procedente del ejército de Cuba.

No se sabe lo que entre los dos amantes pudo ocurrir; mas es lo cierto que ayer de madrugada apareció la chica en la escalera de su casa respunteada ó cosida (la chica, no la escalera) á puñaladas. De tal modo debió cebarse el asesino en su desgraciada víctima, que sólo por la presencia de una zapatilla de cintos se venía en la cuenta de que aquellos restos informes pertenecían al cuerpo de una mujer.

El autor de esta horrible tragedia está convicto y *confuso*».

Con lo dicho basta y sobra para comprender que el hombre de por suyo ordenado y cuidadoso no tenga momento de sosiego ni aun en el disfrute de los más puros y sencillos goces domésticos.

Para los padres de familia, principalmente, no hay hora de reposo desde hace poco más de un mes.

—Tiempo ha de llegar, me decía uno de estos desgraciados, en que se va á hacer imposible el ascenso á padre en efectivo.

Si un cacharro se desprende del santuario de la reliciente espetera, ó se escucha un aldabonazo en la puerta de la calle, el terror y la alarma se apoderan del antes tranquilo y reposado vecindario.

—¡Ya está armada!

—¡Deben ser esos!

—¡Tranquilízase! deben ser los otros: los del segundo, que recuerdo me dijeron iban esta noche al teatro.

—De todas maneras, bueno será que veamos si está cerrada la puerta; «hombre prevenido vale por dos.»

—¿Por dos desprevénidos?

—Por supuesto.

Hay momentos en la vida animal del hombre, ó en la vida del hombre animal, en los cuales, hasta los ruidos más familiares, se nos antojan descargas de fusilería.

Lo cierto es que «donde menos se piensa salta un cirio».

Desde que allá en un templo de Madrid nos resultó aquel cirial con Santa Bárbara y todo, hay caballero que ni por todo el oro del mundo tomaría en sus manos ni un paquete de velas de las de á media libra.

Uno de estos señores aconsejaba á su familia el uso de la *yasca* para el alumbrado domiciliario.

Él ha adoptado ya este sistema para sus usos particulares, y asegura que, bien entendido, llega á producir excelentes resultados: cuando se va á la cama se desnuda á golpe de eslabón, y es muy raro que cada lazada le cueste más de dos ó tres golpes.

Eso sí, en tropezando con un nudo, la escena se parece á una velada de fuegos artificiales con batalla de *Inguernán* y todo.

En días de revuelta más ó menos popular, todas las precauciones le parecen insuficientes al ciudadano amante del orden y de la paz y concordia entre los príncipes cristianos.

No hace muchas noches hallábame yo de visita en casa de uno de estos hombres previosos.

Don Ramón, que ya de por suyo tiene cara de perro grande, estaba más sombrío ó más perro que de costumbre.

Por fin, y como el hombre que acaba de tomar una resolución inquebrantable, exclama dirigiéndose á su esposa:

—Gertrudis, mañana mismo vas á poner á la cocinera de patitas en la calle.

—¡Pero, hombre...!

—Nada, nada; más que tú lo siento yo; pero ello es forzoso que así suceda; nuestra tranquilidad lo exige.

—¡Ah, Ramón! hace tiempo que yo me oía algo.

—Ya me dijiste lo que oías; pero ahora no se trata de eso. Ya sabrán ustedes, añade el esposo bajando la voz casi hasta el entresuelo, que se habla de movimientos y de trabajos revolucionarios en los cuarteles.

—Bien, y ¿qué?

—Que la chica debe estar metida en eso.

—¡Jesús, qué barbaridad!

—Será lo que á ustedes les parezca; pero es lo cierto que yo sé de muy buena tinta que hace algunas noches, y cuando sale por agua, la acompañan siempre algunas fuerzas de la guarnición.

CERILLA.

DE UN DRAMA

(QUE ME GUARDARÉ MUY BIEN DE CONCLUIR.)

(DE LA ESCENA IV.)

La Condesa y el Doctor.

Doc. —Tiene usted razón, señora; pero no fué culpa mía.

Con. —Siempre del provecho en pos corre y se afana y apura, olvidando á los que cura sólo por amor de Dios.

Doc. —¡Ay, mi querida condesa! Si hallara yo alguna vez quien pagara como usted... Pero no hay moneda de esa.

Tómese usted estos ratos, no tenga un día de paz, y... nada: la humanidad es una raza de ingratos.

Con. —Y el nombre que á usted ha dado, ¿no vale nada, doctor?

Doc. —Sí; pero hay algo mejor á lo que siempre he aspirado. Busquen otros los honores; yo, por mí, más he querido crear un agradecido que no cien admiradores.

De la gloria los destellos no alcanzan tan sólo á un hombre: muchas veces le dan nombre los otros, por dársele ellos.

Hay excepciones, lo sé.

Con. —Creí que ninguna.

Doc. —¡Oh, sí!

¿cómo negarlas aquí?

Con. —Y ¿hay muchos enfermos?

Doc. —Psé.

Estos aires cortesanos soplan muy recios ahora, y son los tiempos, señora,

más de enfermos que de sanos.

Con. —¿Cómo sigue ese de al lado?

Doc. —Mejor; no es grave su mal.

Es un enfermo moral, como usted.

Con. —¡Desventurado!

Doc. —¿Por el médico?

Con. —Esono:

ha caído en buenas manos; es que miro como hermanos á los que sufren cual yo.

¡Y es tan raro ver salvarse á esos enfermos!

Doc. —Corriente:

sobre todo, si el paciente no está dispuesto á curarse.

Con. —No; es que en el cuerpo, doctor, pasa todo y pasa el mal; pero el alma es inmortal, por serlo, hasta en el dolor.

Doc. —Bueno; pues, eso sabido, dejémosla allá en su altura, y bajemos á esta hondura de la materia. ¿Qué ha habido?

Con. —¿Qué importa ante aquel vivir la materia y su quebranto?

Doc. —Acaso no importe tanto como hoy han dado en decir.

No la tengo por señora, mas si por criado fiel, y habrá que cuidarse de él más de lo que usted hace ahora; que así como los cuidados de un antiguo servidor llevan tal vez al señor consuelos inesperados, en los combates del alma la pobre materia ruda ¡cuántas veces nos ayuda á reconquistar la calma!

Vaya, ¿cómo hemos estado?

Con. —Peor que nunca.

Doc. —¿De qué?

Pues, hombre, si tiene usted mejor semblante, animado...

Con. —Ese es mi mayor tormento: tener siempre que llevar dentro del alma el pesar y en el semblante el contento.

¿Cómo mi esperanza fijo en contar mis sinsabores si en la madre los dolores delatan faltas del hijo?

¡Quede oculto en lo más hondo del negro mar de mi alma, y enubra mentida calma las tempestades del fondo!

Por eso el mal me devora...

Doc. —Pero ¿por qué ese dolor?

Si Mariano no es peor que otro cualquiera, señora.

Quizá su mal es profundo por serlo en todos igual; mas sólo padece el mal que hoy aflige á todo el mundo; dolencia cuyo veneno inocula en vil regalo,

más que la maldad del malo, la tolerancia del bueno.

Es esa falta de vista, esa imperdonable calma, la *parálisis del alma*, que diría un estilista.

Ya las cosas no se llaman como en los tiempos antiguos; y con los nombres ambiguos que nuestra incuria proclaman, en premeditado engaño damos á todo otro aspecto, viniendo á ser un defecto lo que era un crimen antaño.

El seductor es galante; el jugador, aturdido; lo que antes era un perdido hoy no es más que un elegante; ¿qué más? el mismo ladrón disfruta de esa ventaja: hoy el llevarse una caja no es más que una *distracción*.

¿A qué seguir tras sus huellas? Las fuerzas han ido á menos, y los cuidados ajenos no tienen derecho á ellas.

El caso es mucha inacción, no moverse, no luchar, ver á la bola rodar sin alzarse del sillón;

y así, sabios é ignorantes, á un mismo Dios adorando, vamos todos caminando, podridos, pero elegantes.

E. MENÉNDEZ.

CONFIDENCIAS.

Á PEDRO SÁNCHEZ.

I.

Vamos á cuentas, mi querido Pedro: en estas confidencias mías contigo pienso comunicarte mucho de lo que yo pienso sobre la sociedad contemporánea y sobre sus defectos y excelencias, cosa que no importará nada á nadie, pero que será motivo, consciente, como diría un filósofo de hoy día, para que tú, al contestar á mis epístolas, luzcas tus felices disposiciones y deleites al público. Es decir, que yo cuento en mis artículos morder, ó murmurar, ó alabar; de cri-

ticar ya te encargarás tú cuando contestes á mis conceptos. Sólo te ruego que tengas com] pasión de ellos y no los destroces demasiado pues los pobres, aunque faltos de jugo intelectual, son míseros é inspirados en la verdad.

Te hablaré hoy de una plaga ó fiebre que de pocos años á esta parte se desarrolló con caracteres alarmantes en nuestra amada patria. Me refiero á España, y hago esta salvadad porque, como eres un regionalista tan emperderido, pudieras creer otra cosa. Dicha epidemia ó plaga, que no tiene nada que envidiar al terrible cólera morbo asiático ni á D. Aurelio Fernández Guerra y Orbe y otras hierbas, promete hacerse endémica, por aquello de que es un vicio de la naturaleza humana, difícil, por lo tanto, de extirpar ó corregir.

Entodos tiempos ha habido necios y se han escrito, por ende, necedades; pero, relativamente hablando, nunca ha habido tanto fatuo ni se ha escrito tanta tontería como en la época presente, de progreso y civilización. De ahí que entre tanto farrago tenga que haber algo verdaderamente bueno, y no se ruborice el Sr. Grilo, que esto último no es ninguna alusión á su poética personalidad.

Cuando un niño sale hoy de la escuela para entrar en los estudios de segunda enseñanza se considera ya apto para escribir una obra, siquiera sea ésta de más empeño que la Historia de Mariana ó de Cantú. Si el muchacho revela esto poético en unas redondillas á la Purísima Concepción ó en unas décimas felicitando á la mamá en sus días, ¡Dios nos ampare! porque la prensa local vendrá, al día siguiente de ser leídas esas composiciones en familia, dedicando sendas columnas al precoz poeta, en las cuales le dirá que es un genio en embrión llamado á eclipsar las glorias más puras y brillantes de la poesía.—¿Pues si ese niño tiene pretensiones de filósofo, ó naturalista, ó filólogo? Nada, esa misma prensa, con la severidad que la caracteriza en sus juicios, le concederá el título de sabio por no haber otro más alto.

Esto que voy diciendo es una lamentable corrupción del buen sentido, corrupción que trae consigo la del gusto literario, peor ó mejor, que cada uno pueda tener. Desde luego, los que leen á Pérez Escrich ó á Velarde, no tienen ninguno. Figúrate, querido Pedro, que lees en un periódico madrileño que un jovenito, imberbe aún, llamado Fernández Saw, pongo por caso, es ya un poeta consumado y promete ser con el tiempo consumido: te apresuras á comprar alguna de sus producciones, hecho lo cual, y dada orden enérgica en la casa de que no se meta ruido alguno, te encierras en tu gabinete á gozar del placer inefable de leer versos hermosos y magníficos. Pero en lugar de eso te encuentras con una sarta de vulgaridades y de inocentadas, con acompañamiento de rípios que te dejan perplejo é indeciso.—¿Cómo? te preguntará; ¿es esto muy malo, ó es que tengo estragado el paladar estético?—Es que los que escriben los periódicos tienen un tino especial para poner en los cuernos de la luna todo lo pedestre, y rebajar lo que verdaderamente vale. Son los que hacen reputaciones de ingenios adocenados que la posteridad no sabrá de ellos, y dejan, en cambio, en el olvido á los insignes maestros de las letras. Las causas de esto bien las adivinas, y no hay necesidad de detenerse en ellas.

Yo no me opongo á que se dé todo el incienso que se quiera á esos bebés que emborronan cuartillas y se creen genios, porque no hay para que negarles esa satisfacción, que verán bien pagada con el desprecio que más tarde hace de ellos el público; pero si quiera que se advierta en una nota que aquello es pura broma, con palabras embozadas que no comprendan las inteligencias, tiernas aún, de los interesados.

Porque, hablemos formalmente, amigo Pedro: esos y otros que no son niños, son un peligro constante para el arte. Se necesita poca galantería y poco de aquel sentimiento que distinguió en otro tiempo á los españoles para maltratar, de la manera que lo hacen los escribidores de hoy día, á señora tan hermosa y tan bien nacida como lo es el arte. Y es que no se quieren convencer de que el ingenio hoy en España está muy repartido, como dice el profundo Valera, y de que, siendo, por lo tanto, todos medianías ilustradas, no sirven para cultivar ese arte como se merece. Solamente hay una docena que lo puede hacer dignamente. Servirán para registradores de la propiedad, para catedráticos, para desempeñar cualquier puesto en la Administración del Estado; pero para literatos, no, que es cosa que exige más talento, y eso no lo da Dios como quiera ¡Cuándo será el día que apechuguen con la realidad y rompan la mal tajada peñola, como diría Clarín!

Voy haciéndome pesado, y hago punto. Espero que digas tu opinión sobre el particular, para ver si estás conforme conmigo, que si lo estarás, por ser buen amante del arte... y de alguien más que es para ti suprema manifestación de la belleza.

Tuyo,

MIGUEL FRANCO.

Oviedo y Octubre, 1886.

LA EMIGRACION UNIVERSAL.

Curiosísimas notas acerca de la distribución de los emigrantes en la superficie del globo ha publicado la Revista inglesa *Nineteenth Century*.

Según el autor de los artículos publicados á este propósito, son 18.740.000 los individuos que actualmente se hallan fuera de sus respectivos países natales.

Entre las naciones á que afluye la emigración en mayor escala, figura en primer término la América del Norte (Estados Unidos y Canadá) con 7.300.000 extranjeros. El segundo lugar corresponde á la América del Sur—comprendiendo arbitrariamente en ella á Méjico—con 6.033.105 inmigrantes; el Asia después, con 1.548.344, y sucesivamente la Australia con 789.521, y el Africa, con 140.383.

Francia, entre todas las naciones de Europa, es la más favorecida por este influjo extranjero, la cifra se eleva allí á 1.001.090. Viene después Rusia con la de 314.307, y luego corresponden á Inglaterra 293.708, á Alemania la de 276.731, á Suiza 211.035, á Austria-Hungría 182.676, á Bélgica 145.506, á Holanda 69.971, á Italia 59.956, á Scandinavia (Dinamarca, Suecia y Noruega) 50.968, y á España 41.703.

En proporción de la cifra de inmigración extranjera en cada país colócase la de la emigración que le corresponde, y del resultado de esa comparación surge el dato interesante de la diferencia entre la entrada de extranjeros y salida de naturales de un país. En Francia existe la proporción siguiente: mientras allí hay establecidos 1.001.090 extranjeros, la emigración de franceses á todos los países alcanza sólo la cifra de 482.663. La diferencia, pues, entre su emigración y su inmigración es notable, existiendo ella también, aunque en escala mucho menor, en Suiza, donde esa diferencia es solamente de 3.603 individuos. Todas las demás naciones envían al exterior un contingente mayor de individuos que el que á ellas se acogen, en la proporción sucesiva que á continuación se expresa.

Austria-Hungría, cuya población es de 37.883.000 habitantes, sólo cuenta con 183.000 extranjeros (uno por cada 208 habitantes), mientras que la cifra de su emigración se eleva á 337.000 en individuos, de los cuales 118.000 residen en Alemania, 135.000 en los Estados Unidos y 16.000 en Italia.

Bélgica y el Luxemburgo (que cuentan 5.800.000 habitantes) albergan 145.500 extranjeros—en proporción de 1 por 39 habitantes,—y su emigración es de 497.000 de sus naturales. Pero hay que consignar que la mayor parte de esos emigrados se alejan poco de la patria y no pasan de Francia, de Alemania ó de Holanda.

La Scandinavia tiene 8.450.000 habitantes, y sólo 51.000 extranjeros, en su mayor parte alemanes establecidos en Dinamarca, y rusos en Suecia y Noruega, mientras que sus emigrados son en número de 795.000.

Alemania, con 45.200.000 habitantes, no tiene en el extranjero menos de 2.601.000 de sus hijos, distribuidos de este modo: 2 millones en los Estados Unidos, 110.000 en la América del Sur, 82.000 en Francia, 90.000 en Suiza, 43.000 en Bélgica, 42.000 en Holanda, 38.000 en Scandinavia. El 5 por 100 de su población se mantiene en países extraños, mientras que su inmigración es de 293.000 extranjeros, de ellos 180.000 austro-húngaros, 35.000 escandinavos, 28.000 suizos y sólo 17.000 franceses.

Entre todas las naciones, la Gran Bretaña es la que cuenta fuera del suelo patrio mayor número de hijos. Su emigración alcanza la enorme cifra de 4.200.000 individuos que viven en países extraños, mientras que ella sólo da hospitalidad á 238.000 extranjeros—si llegan á ese número,—los cuales, en su mayor parte, son dependientes de comercio, profesores, criados, panaderos, sastres (alemanes y rusos), modistas (franceses) y músicos (italianos).

Lo que se observa en Francia, respecto al número superior de inmigrantes, constituye, como ya se ha dicho, un caso único, excepcional, cuya causa no puede explicarse sino por la notoria lentitud en el crecimiento de su población. Este hecho constituye evidentemente la amenaza de una inferioridad numérica en Francia, en un corto período de tiempo; y también es notable la circunstancia que los extranjeros se encargan de suplir, en determinada proporción, la diferencia de aquel crecimiento. El fenómeno que la Francia ofrece desde el punto de vista de la población es objeto actualmente de preocupación para los sabios de Europa, y para ella

debería serlo más todavía, por lo que le importa recurrir prontamente á las numerosas medidas que reclama situación semejante.

Italia, cuyo número de habitantes es de 25.861.000, tiene una emigración muy considerable que no puede fijarse en menos de 1.077.000 individuos, de los cuales, 403.000 residen en la América del Sur, 241.000 en Francia, 176.000 en los Estados Unidos y 63.000 en Africa. Los extranjeros establecidos en Italia no pasan de 60.000.

Las estadísticas de Rusia son muy incompletas, y sólo por los datos reunidos por otras naciones se sabe que el número de rusos ó poloneses que viven fuera de su patria no excede de 148.000.

España y Portugal—que cuentan en junto con 21.743.093 habitantes—tienen en el extranjero 453.000 de sus hijos, 337.000 en América del Sur, 75.000 en Francia y 28.000 en los Estados Unidos.

Suiza—cuya población es de 2.635.000 habitantes—no envía al exterior más de 207.000 individuos, siendo algo superior la cifra de los extranjeros residentes en su suelo, los cuales no bajan de 211.000.

Este interesante estudio contiene, además de los datos apuntados, un cuadro, importante y nuevo, de la distribución de 2.910.652 israelitas en la superficie del globo, exceptuando la Francia, que no figura en ese cuadro, cuyas cifras son las siguientes: 1.005.394 en Austria, 688.314 en Hungría, 561.612 en Alemania, 400.000 en Rumanía, 81.693 en Holanda, 46.000 en la Gran Bretaña, 45.000 en Africa, 38.000 en Italia, 19.000 en Persia, 14.256 en Bulgaria, 12.000 en la India, 10.351 en Australia, 7.373 en Suiza, 3.000 en Bélgica, 2.993 en Suecia, 402 en España y 34 en Noruega.

CONDICIONES HIGIÉNICAS DE SANTANDER

EN RELACION CON LAS ENFERMEDADES PESTILENCIALES, POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA JUAN JOSÉ ZORRILLA.

(Continuación.)

Las alcantarillas que hoy existen en Santander no obedecen á ninguna de estas condiciones. Construídas sus paredes con mala mampostería, de suelos anchos y planos y llenos de desigualdades, á aquéllas se adhieren y en éstas se depositan sedimentos que pudren, inficionando el aire de nuestras calles y habitaciones.

Santander huele y huele mal, y este mal olor es anuncio claro, evidente, del viciamiento del aire y del empobrecimiento de nuestros glóbulos sanguíneos, que mueren asfixiados por el gas ponzoñoso que se mezcla con el aire que respiramos, que penetra en nuestras habitaciones y se difunde en nuestros tejidos.

Santander está tan necesitado de buenas alcantarillas como estaba necesitado de buenas aguas, y á satisfacer esta su necesidad, deben tender los esfuerzos todos de sus hijos; no á gastar sus fuerzas en inútiles pugilatos que podrán satisfacer el amor propio de algunos, pero nunca llenar las legítimas aspiraciones de nuestro pueblo.

Hay que reformar el alcantarillado de Santander; hay que instalarle nuevo quizá, y entonces, y sólo entonces, y cuando esta obra importantísima esté concluída, podremos asegurar que la vida en condiciones regulares de evolución es posible en Santander.

No es difícil formarse un concepto ó idea del plan general de alcantarillas que para satisfacer estas necesidades hay que ejecutar. Bastará para ello detenerse un momento á considerar su disposición topográfica. Construída la ciudad en la falda de dos colinas que limitan en el punto de su confluencia angosto valle, en el que vierten sus aguas, en el fondo de este valle deben estar, y están en efecto, colocados los colectores principales que sanean el pueblo. A estos dos colectores, previamente reformados, han de afluir otros colectores de segundo orden, perpendiculares á ellos, colectores que á su vez recogerán los líquidos de un tercer orden en los que hoy vierten las atarjeas de las casas.

El punto de partida de toda esta obra ha de ser la reforma previa y completa de los colectores principales, reforma tanto más urgente, cuanto que á ellos van á parar y en ellos sedimentan y pudren las sustancias orgánicas todas de la población. Por lo excesivo de su diámetro, la anchura de su suelo plano y mal encudonado, y la permeabilidad de sus paredes, éstos, que debieran ser instrumentos de saneamiento y limpieza, quedan convertidos en causa de infec-

ción atmosférica y, por el intermedio de ésta, de la vida del hombre.

Para corregir estos inconvenientes, no hay otro medio que dar á su sección la forma de ovoide, y revestir sus paredes de buen cemento hidráulico, con lo cual habríamos evitado las sedimentaciones por una parte, la contaminación del subsuelo por otra, y por otra el desprendimiento de gases (gas sulfídrico, sulfhidrato amónico, carburos de hidrógeno y ácido carbónico), producto todos de las combustiones orgánicas (*eromacausia*) que constantemente se verifican en estas grandes acumulaciones de sustancias putrescibles. Aquellos gases, difundidos en la atmósfera, constituyen verdaderos venenos, que, si no matan inmediata y rápidamente, debilitan el organismo y preparan la economía para toda clase de males.

Realizada esta reforma previa, debe acometerse la construcción de los colectores secundarios que desagüen en aquellos, y que pueden estar constituidos por tuberías de barro vidriado, si se adopta el sistema de Waring, que yo creo preferible á los demás, ó por alcantarillas ovoideas, de pequeña sección y bien revestidas, si se prefiere la reforma del alcantarillado antiguo; reforma que yo creo más costosa, más larga en su ejecución y no más efectiva que la colocación de los tubos de Waring.

Cualquiera que sea el sistema que se adopte, debe colocarse en la extremidad periférica de cada uno de estos colectores un depósito de agua que se verá automáticamente por el procedimiento del sifón, ya á voluntad por medio de compuertas que se abrirán á una hora dada del día, debiendo preferirse la hora de la baja mar, pues de este modo, no sólo se limpiarán perfectamente los colectores secundarios, sino también los principales, con la gran cantidad de agua que á ellos afluirá en un momento dado de tiempo.

A estos colectores secundarios afluirán á su vez los colectores de tercer orden ó de calle, construídos de la misma manera que los anteriores, si bien de sección más pequeña. Estos á su vez recibirán las atarjeas particulares de cada casa.

La sección, tanto de los colectores como de las alcantarillas, en el caso que nos decidamos por la reforma de las antiguas, ha de ser necesariamente ovoidea, circular ó ovoidea si aceptamos el procedimiento Waring, pues sólo de este modo puede hacerse efectiva la cantidad de fuerza de las corrientes líquidas que circulen en ellas.

Colocado en estas condiciones, quedaría perfectamente saneado el subsuelo de Santander, hoy tan penetrado de productos extraños, sumamente perjudiciales á la salud, y cuyas emanaciones podrían compararse á las mortíferas emanaciones de los deltas del Ganges y Nilo, incubadores, del cólera aquél, y de la peste bubónica el Nilo. De este modo, sus calles y habitaciones quedarían libres del mefitismo, no sólo repugnante, sino, y esto es lo más malo, eminentemente perjudicial á la pública salud.

Esta obra importantísima, pero obra de mucho tiempo y mucho dinero, debe acometerse inmediatamente, sin vacilaciones, y con ánimo decidido de llevarla á término, si no en un año, en dos, en diez ó en veinte, que ni diez ni veinte años representan nada en la vida de los pueblos, así sea mucho en relación á la corta vida del individuo. Si la reforma general puede aplazarse por algún tiempo, no sucede lo mismo con la reforma de los colectores principales; es ésta urgentísima; debe de emprenderse, pero inmediatamente y para concluir la pronto, pues los colectores de Santander, por su forma y sus dimensiones y el poco declive de su rasante, son, más que colectores que arrastran, pozos que sedimentan lo que á ellos va á parar. En ellos pudre cantidad enorme de sustancias orgánicas de las que se desprenden gases que infeccionan el aire; son verdaderos matraces ó retortas en los que reaccionan productos varios, y en los que se desprenden gases irrespirables que, por las atarjeas, excusados y piedras de fregar, penetran en la habitación, extinguiendo muchas vidas, é incapacitando las que quedan para el propio desempeño de sus funciones.

VII.

HABITACION.

Si importante es la reforma del alcan-

tarillado, no lo es menos el conveniente saneamiento de la habitación del hombre, asunto completamente descuidado en este pueblo. Los edificios, en general, están construídos sobre suelos permeables, y expuestos á todas las emanaciones de las escombreras que constituyen la mayor parte de los puntos bajos de la población, antes penetrada por la mar, y asiento hoy de grandes construcciones con orientación E. O., permanecen constantemente sumidas en la sombra, dando lugar este defecto á habitaciones húmedas y malsanas, muy á propósito para la germinación y desarrollo de males pestilenciales y formación de seres raquíticos, escrofulosos y miserables, en los que con tanta facilidad prenden los virus morbosos. Estos males, tan abonados á mayores y más trascendentales males, deben corregirse en lo posible, ordenando que las plantas bajas de las viviendas, y sobre todo las habitadas, se cubran con una buena capa de cemento, ó se enlosen, recibiendo bien las junturas del enlosado.

No es empresa fácil rebajar la altura de los edificios ó ensanchar las calles de modo que el sol bañe en todos tiempos las plantas bajas; exigiría estos sacrificios en muchos casos imposibles; pero si esto no es fácil, fácil es y factible la formación de unas buenas Ordenanzas municipales, en las que se fije la altura máxima de los edificios, en relación con el ancho de la calle. Fácil es y factible la formación de un buen plano de población, al que han de sujetarse necesaria y fatalmente todas las nuevas edificaciones; plano que procurará corregir los graves defectos que hoy tienen tanto las alineaciones como las rasantes de las calles, procurando dar á éstas toda la anchura que se pueda, así tenga que sacrificarse para ello el Ayuntamiento y algún tanto la propiedad, que, al fin y al cabo, ésta es la que ha de reportar los beneficios más directos. Es preciso que el sol bañe en todos tiempos los pisos bajos de toda habitación, pues esto, en climas como el nuestro, en que la humedad tanto predomina, es asunto importantísimo y grandemente relacionado con la salud pública.

No son los defectos que acabamos de exponer los únicos que afectan á las construcciones urbanas de Santander; existen otros muchos y más importantes aún, relacionados todos con la distribución y saneamiento de la habitación propiamente dicha.

Ya dijimos que la mala construcción de las alcantarillas es causa de sedimentación de materias orgánicas, que, al descomponerse, infestan el aire confinado de aquéllas, aire cuya tensión aumenta con los gases que constantemente se desprenden, determinando de este modo su rebosamiento por imbornales, atarjeas, conductos de excusado y piedras de fregar. La penetración de estos gases mortíferos en la habitación está favorecida por la mayor temperatura de éste, que al enrarecer la atmósfera y disminuir, por tanto, su densidad, se convierte en verdadero cuerpo de bomba absorbente, que actúa sobre los gases de la alcantarilla en comunicación directa con aquélla á beneficio de excusados y piedras de fregar, determinando de este modo su penetración en nuestro domicilio. Los males á que esta fatal disposición ha de dar lugar, fáciles son de comprender con sólo tener en cuenta que á la alcantarilla van, además de las sustancias orgánicas que pudren produciendo gases deletéreos que alteran la composición elemental de la atmósfera y asfixian nuestros glóbulos, gérmenes patogénicos que, arrastrados por las corrientes gaseosas, pueden determinar en las personas predisuestas multitud de enfermedades específicas, mortales las más, después de causar grandes sufrimientos. La disentería, la fiebre tifóidea, la tuberculosis, el cólera y muchas otras enfermedades sospechosas virulentas, pueden, y en la mayoría de casos se producen quizá de esta manera.

(Se continuará.)